

De la ciudad visible a *Le città invisibili* de Italo Calvino:

“La ausencia de las diferencias lleva a imaginar ciudades imposibles [...]”.

Alejandro Adalberto, Mejía González.

Sexta propuesta literaria de Italo Calvino, “Consistencia”: un acercamiento a través de Las ciudades invisibles.
2011.

A Raffaele Milani por la ayuda ofrecida durante mi
posdoctorado en Italia

0. Entrante

Acaso sea *Le città invisibili* (1972) una de las mejores novelas de Italo Calvino –en adelante IC- (Manganelli, 2002: 105). Esto, no sólo por su calidad literaria, sino por la influencia que ejerció en el estudio de la ciudad y la arquitectura, convirtiéndose, andando el tiempo, en libro

fundamental del debate urbano contemporáneo. El presente artículo, pretende dejar constancia explícita de porque la obra ha trascendido el mero ámbito literario, para situarse en el epicentro de un problemática que, en los albores de años setenta, avizoraba ya la crisis de la ciudad moderna. Lo que sigue, pues, no pretende ser un análisis filológico de la obra calviniana, antes bien, pretende dejar constancia de su importancia desde una perspectiva interdisciplinar. Para ello, hemos estructurado el artículo en base a tres epígrafes fundamentales con los que se pretende contribuir a una mejor comprensión de la obra.

1. *Le città invisibili* entre el “ensayo poético” y la tratadística arquitectónica

No resultaría exagerado constatar que, la obra de IC es actualmente “[...] un texto crucial en la interpretación del hecho urbano” (Feal, 2005: s/p). Ésto por dos razones fundamentales. La primera es que, tras una primera lectura de la obra, se evidencia una cuestión de suma relevancia: los protagonistas de la novela no son Kublai Khan y Marco Polo sino la propia ciudad. Algo que Marcela Labraña ha subrayado con perspicacia en su artículo “Las ciudades de Calvino: un inventario imposible” (2009):

No resulta extraño, entonces, que la lectura de los textos sobre ciudades de la impresión de haber asistido al cuidado montaje del decorado de una obra que no llegará nunca a representarse(s/p).

Esto favorece el acercamiento a una especie de tratadística arquitectónica fuertemente poetizada que funciona al margen de la escasa trama psicológica de los dos personajes de la obra (Fabbri, 2002: s/p). En base a esta premisa, no debiera de resultar extraño que la ciudad utópica emulsione edulcorada de humanidad, personalizada, a través de los atributos propios de

una persona. Este hecho, ha llevado a María Inés García a aplicar el término “ciudad personaje” para referirse al itinerario urbano de *Le città invisibili* (García, 2006: 138): Zemrude necesita que la miren para existir pero nunca es la misma, Aglaura son dos ciudades en una, la primera es legendaria, la otra real, Leonia se renueva todos los días y siempre es diferente, y Eusapia tiene un doble pero no se sabe cuál de las dos es la ciudad originaria.

La segunda razón obedece a una clara intención del autor por implicarse en el debate urbanístico de los años setenta:

Credo che non sia solo un'idea atemporale di città quello che il libro evoca, ma che vi si svolga, ora implicita ora esplicita, una discussione sulla città moderna(Calvino, 1983: 41).

Le città invisibili es una obra deliciosa desde el punto de vista estético, pero también es una crítica abierta a los funcionalismos, organicismos y mecanicismos que, por entonces, se disputaban el espacio urbano de las ciudades:

Nelle Città invisibili non si trovano città riconoscibili. Sono tutte città inventate; le ho chiamate ognuna con un nome di donna; il libro è fatto di brevi capitoli, ognuno dei quali dovrebbe offrire uno spunto di riflessione che vale per ogni città o per città in generale(Calvino, 1983: 37).

Sendas razones convierten a *Le città invisibili* en una obra referencial para arquitectos y urbanistas, erigiéndose como un libro ineludible a la hora de analizar la problemática de la ciudad como ente deshumanizador.

2. *Le città invisibili* como alternativa a la ciudad visible

Para IC, la ciudad visible y la ciudad invivible son lo mismo. Como alternativa a esa urbe despersonalizada, turistizada, y globalizada, el autor nos propone una opción alternativa: la ciudad invisible (Van Montfrans, 2007: 117). Sobre ello incide el autor en su estupendo artículo “Italo Calvino on *Invisible Cities*” (1983): “[...] *Le città invisibili* sono un sogno che nasce dal cuore delle città invivibili” (41). Esto, invita a una reflexión urbana, donde se vaticina el fin de la ciudad como tal, colapsada por la emergencia de la urbe deshumanizadora, de la ciudad invivible y visible, que es, a todas luces, el germen del que brota la ciudad invisible. A este respecto, resulta del todo ilustrativa la coda final con la que finaliza el libro: “[...] cercare e saper riconoscere chi e cosa, in mezzo all’inferno, non è inferno, e farlo durare, e dargli spazio” (Calvino, 1972: 164).

Le città invibili es, pues, un canto a la ciudad ideal en un momento en que la urbe, la megalópolis, se gigantiza para empequeñecer al hombre (Mondello, 1990: 110). El significado de ciudad comienza a perderse, porque ésta –como entidad urbana independiente- ya no se supedita a las verdaderas necesidades de las personas, sino viceversa: “[...] forse stiamo avvicinandoci a un momento di crisi della vita urbana [...]”. (Calvino, 1983: 41). Como alternativa a este espacio infernal, el autor propone una “città utópica” e imposible: *le città invisibili* (Kuon, 2002: 27). Ésta, es la ciudad ideal que nunca encontramos, pero que necesitamos irremediablemente buscar para alimentar nuestros verdaderos sueños: “Il mio libro s’apre e si chiude su immagini di città felici che continuamente prendono forma e svaniscono, nascoste nelle città infelice” (Calvino, 1983: 41). Con atino apostilla Elisabeth Sánchez Garay que la urbe calviniana es “una ciudad diseminada, imposible pero deseada (y buscada), para la cual, no hay puerto de llegada ni ruta a seguir” (2002, s/p). Sólo a través de un camino iniciático e individual puede llegarse a

la ciudad utópica con el fin de “[...] que la deshabitada ciudad nos habite a nosotros, evitando así que el género humano provoque su destrucción y perdamos la mínima posibilidad de generar un ligero impulso hacia la felicidad” (Sánchez, 2002, s/p).

3. La obra como autobiografía testimonial

Le città invisibili es también el espejo donde se reflejan las filias y fobias del propio escritor: un exorcismo de su compleja relación con el entorno que lo circunda (Calvino, 1969: 14; Bonura, 1972: 5-37; Jurado, 2010: 295), donde, en palabras de Vincenzo Mengaldo, se “enciende” esa “[...] forte polarizzazione simbolica degli elernenti della realtà” (1975: 421). En este sentido, no tiene desperdicio la carta que IC escribe a Franco Maria Ricci –tres años antes de la publicación del libro que nos ocupa- donde deja constancia explícita de esta búsqueda: “Durante largos años sufrí de una neurosis geográfica: no lograba estar tres días seguidos en ninguna ciudad o lugar” (Calvino, 1969: 19). La confrontación entre el mundo campestre-ligur de su infancia y la ansiada ciudad ideal donde tiene lugar “la gran vida déracinée de los intelectuales cosmopolitas”, va a suscitar en el autor una reflexión profunda y meditada sobre el hecho urbano (Calvino, 1960: 148). Esto, a no dudar, puede avizorarse en gran parte de los escritos autobiográficos preambulares, así como posteriores a *Le città invisibili*, por lo que, podría concluirse que es una preocupación cosustancial a toda su producción literaria, como bien ha apuntado Martin L. McLaughlin en su artículo “Le città visibili di Calvino” (2002) donde relaciona la obra con *La speculazione edilizia* (1957) y *La giornata d’uno scrutatore* (1963) (42). Turín, Roma, París o New York se convertirán en el objeto de ese “camino de Monsalvat”, que pretende mitigar esa “neurosis geográfica” y urbana tan perdurable en la obra del escritor:

Luego me tuvo Turín, laboriosa y racional, donde el riesgo de enloquecer (como Nietzsche) no es menor que en otros lugares. Llegué allí en años en que las calles se abrían desiertas e interminables por la escasez de coches. Para acortar mis recorridos de peatón atravesaba las calles rectilíneas en largas líneas oblicuas de una esquina a otra -procedimiento hoy, además de imposible, impensable- y así avanzaba trazando invisibles hipotenusas entre grises catetos. Raramente conocí otras ínclitas metrópolis atlánticas y pacíficas, de todas enamorándome al primer golpe de vista, de algunas haciéndome la ilusión de haberlas comprendido y poseído, otras siéndome inasibles y extrañas.(Calvino, 1969: 19).

O también la oda a New York aparecida en su entrevista con Maria Corti meses antes de fenecer:

La ciudad que he sentido como mi ciudad más que cualquier otra es Nueva York. Incluso una vez, imitando a Stendhal, escribí que quería que en mi tumba se escribiera 'neoyorquino'. Eso era en 1960. No he cambiado de idea, aunque de entonces acá haya vivido la mayor parte del tiempo en París, ciudad de la que no me separo más que durante breves periodos y donde tal vez, si pudiera elegir, moriré. Pero cada vez que voy a Nueva York la encuentra más bella y más cerca de una forma de ciudad ideal. Será porque es una ciudad geométrica, cristalina, sin pasado, sin profundidad, aparentemente sin secretos. Por eso es la ciudad que menos miedo da, la ciudad que me puede dar la ilusión de apoderarme de ella con la mente, de pensarla toda entera en el mismo instante(Calvino, 1984: 276-277)

Pero, quizás, sea su artículo "Eremita en París" (1974) uno de los escritos más esclarecedores y autobiográficos del autor. A

tan solo dos años de la publicación de *Le città invisibili*, IC contrataca con un texto preciso y directo, donde, sin tapujos, incide nuevamente en dicha problemática (Braffort, 2002: 57-60):

Pero acaso yo no esté dotado para establecer relaciones personales con los lugares; me quedo siempre como flotando, estoy en las ciudades sólo con un pie. Mi escritorio es un poco como una isla; podría estar aquí como en cualquier otro país –refiriéndose a su estudio de París-. Y por otra parte, las ciudades se están transformando en una única ciudad, en una ciudad ininterrumpida en que se pierden las diferencias que en tiempos caracterizaban a cada una de ellas. Esta idea, que recorre todo mi libro de Las ciudades invisibles, me viene del modo de vivir que ya es el de muchos de nosotros: un continuo pasar de un aeropuerto a otro para hacer una vida casi igual en cualquier ciudad en que uno se encuentre. (Calvino, 1974: 23-24).

Por lo tanto, debemos partir del hecho de que la *Le città invisibili* es “un viaje por la arquitectura del sentido de la existencia humana” (Mateos, 2003: s/p) donde, en palabras Alejandro Adalberto Mejía “se atestigua un hito en la observación de la condición humana bajo el diseño de un espacio urbano moderno, que alude claramente a la complejidad de la vida y las pasiones en las metrópolis [...] (2011: 9); es decir, las ciudades existen en tanto en cuanto las evocamos y pensamos:

[...] ninguna vida recorre todas las calles de una ciudad. No llega. No le llegan los ojos. Ni los días. La ciudad siempre prolifera. Y siempre estamos arribando a su comprensión. Y siempre, por tanto, descomprendiéndola. La ciudad es una conversación que tiende a infinito. Los mensajes rebotan de emisor a receptor y de receptor a receptores y vuelta y otra vez. Rebotan y se bifurcan y se colapsan. Y se refractan. La verdad de la ciudad no reposa en ningún plano. Es poliédrica. Hija de millones de ojos

que la portan y la exportan(Mateos, 2003: s/p).

La ciudad visible, por consiguiente, es inasible y, en su dimensión compleja, no puede aprehenderse, por lo tanto, no existe como tal. La no existencia genera una necesidad de búsqueda, pero ésta ha de desarrollarse en base a una exploración individual de la propia espacialidad, tan ecléctica y poliédrica que, siguiendo un principio de invisibilidad, no admite ningún tipo de canon urbano o escuela arquitectónica. Se trata de las ciudades que comportan el itinerario vital de IC; una urbe utópica, alejada de la ciudad homogenizada, globalizada y turistizada.

Para IC, “[...] la ciudad siempre fungió como espacio que permite descubrir el interior individual y las desconocidas ficciones y tiempos que el humano ha aprendido a habitar” (Mejía, 2011: 58-9). De ahí, el precisar una ciudad sintiente y humana en sintonía a nuestros anhelos, pasiones y urgencias más inmediatas. La ciudad utópica es, entonces, una “alegoría del deseo” que nace tanto de nuestra inadaptación al medio como de la necesidad de una búsqueda espacial satisfactoria; un “labirinto” interior donde se especula con los valores meramente territoriales y urbanos a través de la propia imaginación (Musarra-Schroeder, 1996: 83-97; García, 2006: 147; Barrado, 2009: 275-285). Esta nueva reformulación del territorio ha sido atendida por Noberto Feal quien, con acierto, explica que: “en las ciudades invisibles se expresa la imposibilidad de fundar cualquier conocimiento sobre la ciudad fuera de su significación [...] –y sigue-:

Por un lado, la invisibilidad de la ciudad está dada por su aspecto dimensional, pues es imposible de captar en una sola acción o mirada. La percepción de la ciudad, entonces, no se efectúa en la imagen que recoge el ojo sino en la reconstrucción que hace la memoria con las sucesivas imágenes aglutinadas. Así hay un aproximación entre ciudad y texto (2005, s/p).